

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

XLI

CICLO DE CONFERENCIAS

PARQUES Y JARDINES



*C. AÑÓN FELIÚ – J. L. SANCHO GASPAR – J. MARTÍNEZ PEÑARROYA – M.
LUENGO AÑÓN – L. M. APARISI LAPORTA – A. LUENGO AÑÓN – C. CAYETANO
MARTÍN – J. DEL CORRAL RAYA – F. DIAZ MORENO – M.ª T. FERNÁNDEZ
TALAYA – C. LOPEZOSA APARICIO – R. BASANTE POL – J. MONTERO PADILLA –
E. DE AGUINAGA LÓPEZ – R. SERRANO RUBIO – C. ARIZA MUÑOZ – F. AZORÍN
GARCÍA – A. SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA – A. CARLOS PEÑA – A. MORA
PALAZÓN – P. GONZÁLEZ YANCI – I. BARBEITO CARNEIRO*

*INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
C. S. I. C.*

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Centro de Ciencias Humanas y Sociales

La responsabilidad del texto y de las ilustraciones insertadas
corresponde al autor de la conferencia.

Imagen de cubierta: *Exedra*, en el Parque del Capricho (Alameda de Osuna),
por Carlos Clifford, año 1856.

© 2011 Instituto de Estudios Madrileños
© 2011 Los autores de las conferencias

ISBN: 978-84-930333-7-8
Depósito Legal: M-18184-2012
Impreso en España

SUMARIO

	<i>Págs.</i>
<i>Presentación</i> , por ALFREDO ALVAR EZQUERRA.....	9
<i>Anotaciones al Ciclo de Conferencias Parques y Jardines Madrileños</i> , por M ^a TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	11
<i>Los Jardines de El Escorial</i> , por CAMEN AÑÓN FELIÚ.....	15
<i>El patio de los evangelistas del monasterio de El Escorial</i> , por JOSÉ LUIS SANCHO GASPAR.....	35
<i>El Campo del Moro</i> , por JOSÉ MARTÍNEZ PEÑARROYA.....	61
<i>Los jardines del Capricho de la Alameda de Osuna</i> , por MÓNICA LUENGO AÑÓN.....	79
<i>Jardines en el Real Bosque de la Casa de Campo</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.....	111
<i>Los Jardines de Aranjuez</i> , por ANA LUENGO AÑÓN.....	137
<i>Paseos, caminos y arbolado: la jardinería en el urbanismo madrileño (siglo XV a XVIII)</i> , por CARMEN CAYETANO MARTÍN.....	151
<i>Jardines particulares en el Madrid del siglo XVIII</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA.....	175
<i>Jardines conventuales. Un caso singular: los Recoletos de Huerta a Biblioteca</i> , por FÉLIX DIAZ MORENO.....	187
<i>De los jardines de la Moncloa al parque del Oeste</i> , por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	201
<i>Espacio y solaz para los madrileños: El Paseo del Prado</i> , por CONCEPCIÓN LOPEZOSA APARICIO.....	215
<i>El Real Jardín Botánico, una institución al servicio de la Corona española</i> , por ROSA BASANTE POL.....	229
<i>Las Vistillas</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA.....	245
<i>Parque de la Fuente del Berro</i> , por ENRIQUE DE AGUINAGA LÓPEZ.....	257
<i>La Quinta de los Molinos</i> , por RAFAEL SERRANO RUBIO.....	273
<i>Los nuevos espacios verdes de la Comunidad de Madrid</i> , por CARMEN ARIZA MUÑOZ.....	291

<i>El parque Arias Navarro, pulmón de Aluche</i> , por FRANCISCO AZORÍN GARCÍA.....	301
<i>Los Jardines de Eva Perón</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ INSÚA	317
<i>La plaza de Oriente</i> , por ALFONSO DE CARLOS PEÑA.....	333
<i>Los Jardines del Descubrimiento</i> , por ALFONSO MORA PALAZÓN.....	355
<i>El Pasillo Verde</i> , por PILAR GONZÁLEZ YANCI.....	373
<i>El Jardín de Marcela, la hija del poeta Lope</i> , por ISABEL BARBEITO CARNEIRO	395
<i>Los Jardines de la Fresneda</i> , por CARMEN AÑÓN FELIÚ	421

LA PLAZA DE ORIENTE

Por ALFONSO DE CARLOS PEÑA
Instituto de Estudios Madrileños

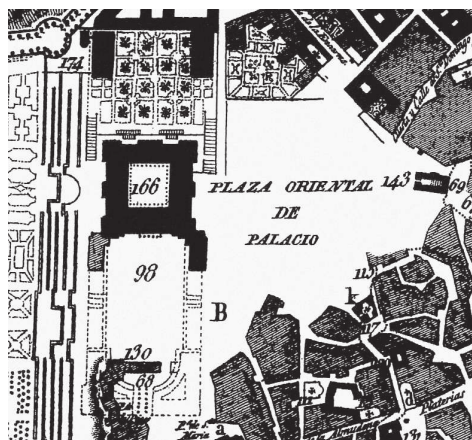
Conferencia pronunciada el día 27 de febrero de 2007, en el Museo de los Orígenes (antes Museo de San Isidro)

La plaza de Oriente madrileña tiene sus antecedentes en los proyectos del arquitecto Sacchetti fechados en los años 1737 y 1738, que trataban de romper el tradicional aislamiento del entonces llamado, «Palacio Real Nuevo de Madrid» solo accesible por el Sur, espacio que en el siglo XIX pasará a denominarse plaza de la Real Armería. El proyecto definitivo que no se llevaría a cabo, presentaba una gran «plaza a Oriente» (al Oriente de la fachada de Palacio, de la Puerta del Príncipe), formada por un conjunto de edificios para albergar a los funcionarios del Palacio Nuevo, esto es, una ciudad cortesana. Frente a Palacio, la plaza quedaba cerrada por un edificio, con rotonda central, que se abría del otro lado, en un patio de honor, hacia los Caños del Peral.

En tiempo de Carlos III, su arquitecto Sabatini, lo único que hizo en esta zona fue abrir una «calle nueva» de palacio (la actual calle de Bailén), dividida en dos partes: «interior» y «exterior» y una pequeña plaza de forma semicircular ante la Puerta del Príncipe de Palacio.

El día 2 de mayo de 1808 llegaron a esta puerta dos carruajes de camino para recoger a la reina de Etruria y a sus hijos, cuando por la calle Nueva de Palacio apareció un hombre que entró por la Puerta del Príncipe y salió gritando a la gente que se arremolinaba en aquel lugar: «¡Traición! ¡Traición! ¡Nos han llevado al Rey y se nos quieren llevar todas las personas Reales! ¡mueran, mueran los franceses!».

El Batallón de los Granaderos de la Guardia Imperial, que estaba en el palacio inmediato de doña María de Molina, reforzado por dos piezas de artillería de



Detalle en el plano de Tomás López, año 1812

a 24 desembocó en la explanada de Palacio. Una descarga alta de fusilería seguida de una baja de metralla fue el saludo de los franceses. A consecuencia de aquellos disparos cayeron los primeros españoles del 2 de mayo, al tiempo que se establecían delante de la puerta del Príncipe de Palacio los Granaderos de la Guardia Imperial

El Museo Municipal de Madrid conserva dos láminas parecidas de estos momentos, una de ellas obra del grabador de Cámara, Tomás López Enguidanos, con el título: «provocan los franceses la ira del pueblo». La otra, titulada: «Dos de mayo de 1808. El pueblo se opone a la salida de los Reyes. Madrid enciende el rayo de la venganza que inflama [...] a todas las provincias del Reyno». Esta última la grabó Francisco Jordán, según un dibujo de J. Rivelles.

Aplastado el levantamiento del pueblo de Madrid por los invasores franceses, José Napoleón, el Rey intruso, promulga un decreto, el 12 de diciembre de 1809, con el fin de formar una gran plaza al Oriente de Palacio:

Deseando dar a la plaza de Nuestro Real Palacio la extensión más conveniente para el edificio y más útil para el público, hemos decretado lo siguiente:

Artículo 1º.- A fin de ensanchar la plaza que se está formando delante de la fachada oriental de nuestro Real Palacio, se demolerán [...]

Artículo 3º Al paso [...] que se desocupen las casas quedarán estas a disposición del Arquitecto encargado de la formación de la Plaza, para proceder a su demolición [...]

El 18 de agosto de 1810 se dio la orden de derribo y al año siguiente empezaron a demolerse todas las casas, bajo la dirección de don Silvestre Pérez, el último representante, quizás, del neoclasicismo en España, a quien el Rey José acababa de nombrar Arquitecto de la Villa.

El Rey intruso, ante el avance sobre Madrid de las tropas de Lord Wellington se retiró en el verano de 1812 por lo que el discípulo de Juan de Villanueva, Antonio López Aguado fue nombrado Arquitecto y Fontanero Mayor de la Villa. Por otra parte, el otro discípulo preferido de Villanueva, Isidro González Velázquez, heredaría el puesto de Arquitecto Mayor del Rey.

De todos los derribos llevados a cabo en el corto reinado del llamado Rey «Plazuelas», solo hubo tiempo de derribar los edificios situados en el área al Este de Palacio, por lo que aquel espacio se convirtió en un destartado barrizal: «[...] un espacio inmenso, irregular y sumamente molesto [...] en el rigor de las estaciones». (Pascual Madoz, en el tomo *Madrid* de su *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico* de 1848).

Al proyectarse las obras, en 1815, reinando ya Fernando VII, de la que se llamaría plaza de Oriente, según los planos del Arquitecto Mayor de Palacio, don Isidro González Velázquez, no se incluyó, en principio, el derribar el antiguo coliseo o teatro de los Caños del Peral, que estaba bastante maltrecho desde el siglo anterior, aunque se habían celebrado en el mismo Cortes en el año 1814 y hasta bailes de máscaras. En noviembre de 1816 «se expone la necesidad de su derribo a fin de nivelar el terreno», según Mercedes Pérez Martín. Pero no es hasta un año después cuando se ordena

llevar a cabo las obras de la futura plaza de Oriente en las que se incluye un nuevo teatro para sustituir al ya ruinoso, de los Caños del Peral.

En un documento que carece de fecha y autor, pero que debió redactarse a finales de 1816 o comienzos del año siguiente, consultado por Eulalia Ruiz Palomeque, en el Archivo de Palacio, se comentan «las ventajas de tener [...] una de las primeras plazas de Europa [...] en el barrio de Palacio [...], y un buen teatro para la Corte».

«La plaza, de forma circular, será compuesta de edificios regulares [...] de arquitectura sencilla y magestuosa, no estando ligados por ningún punto con Palacio [...] estos edificios no tendrán más que piso principal para no quitar la vista a Palacio».

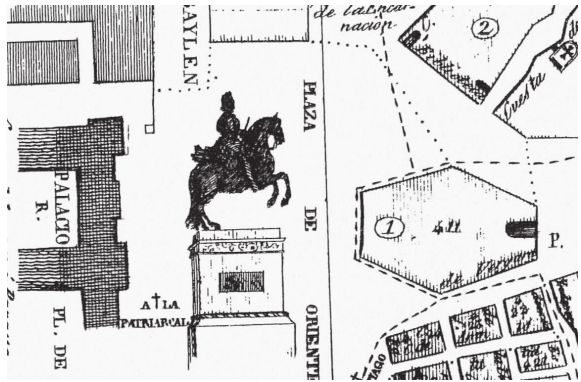
El llamado «proyecto de la Galería» que incluía el derribo del Coliseo de los Caños del Peral y la construcción de un nuevo Teatro se puso en marcha por Real Decreto de 27 de noviembre de 1817, nombrándose director de las obras al Conde de Moctezuma, auxiliado por una Junta. «La plaza ideada por González Velázquez, (de acuerdo con Pedro Navascués Palacio), respondía a una planta ultrasemicircular, abierta hacia la fachada de Palacio. El nuevo Teatro Real que sustituiría al antiguo de los Caños, estaba emplazado frente a la fachada de Palacio y sobre el mismo eje». «En el proyecto de Velázquez (que solía firmar utilizando solo el segundo apellido) se ordenaban igualmente las calles y plazuelas adyacentes, que de un modo u otro venían a desembocar en la nueva plaza».

Fernando VII «el Deseado» encargó la construcción del teatro al Arquitecto Mayor de la Villa don Antonio López Aguado y también pretendió que los gastos de esta obra los asumiera la Villa de Madrid, pero al final, tanto la obra de la plaza de Oriente como la del Teatro fueron financiadas totalmente por la Casa Real. Las obras de la Real Plaza de Oriente se encontraban en un buen estado de ejecución hacia finales del año 1819, que es cuando «se descubre un fraude en la financiación de las obras», según Jorge Maier Allende, en el que se ve involucrado, entre otros, el Conde de Moctezuma, que relegado del puesto, es sustituido en la presidencia de la Junta Directiva de las Obras por el Sr. de Rubianes. En su magnífica Tesis Doctoral publicada por el Instituto de Estudios Madrileños en 1976 titulada: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX* doña Eulalia Ruiz Palomeque dice que «Al encargarse el Gobierno Constitucional de las obras de la plaza de Oriente lo hizo también de las del coliseo, según parece desde fines de noviembre de 1820 hasta 1823 en que cesaron, por los acontecimientos políticos».

Las galerías que formarían un círculo roto por la calle Nueva a (de) Palacio, (la actual Bailén) no seguirían adelante, derribándose la más avanzada de las dos al cabo de los años.

El nuevo teatro de la plaza de Oriente debería tener forma de hexágono irregular, y según Pascual Madoz «tiene la planta más ingrata que para un edificio de esta clase ha podido elegirse, por lo que varios arquitectos dicen con gracia, que parece la espalda de una levita». Para nosotros, visto hoy en día desde los planos y en las fotografías aéreas, es un auténtico ataúd, salvo la pequeña curvatura de la fachada principal que da a la plaza de Oriente y de la que trataremos más adelante.

La escasez de fondos es una constante en el proceso de construcción de la Plaza de Oriente, incluido también el nuevo teatro de la Ópera, lo que trae consigo la paralización de las obras una vez más, hasta 1830. Decenas de dibujos y proyectos de estos años han quedado y se pueden ver en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Archivo General de Palacio y Archivo Municipal de Madrid.



Detalle en el plano de Fernández Castilla, año 1847

Las obras del nuevo teatro estuvieron, como ya hemos dicho, bajo la dirección del arquitecto Antonio López Aguado, hasta su fallecimiento, siendo nombrado para sustituirle en 1831, el arquitecto Custodio Teodoro Moreno que debía seguir su construcción, «sin separarse del plan de López Aguado»; pero una vez más las obras del coliseo se suspendieron en 1835.

Contamos con dos planos de Madrid de este último año; uno de ellos publicado por el geógrafo Juan López, corregido y adicionado por su heredero y delineado por Pedro Lezcano y Carmona en 1812, en el que se pueden ver, en planta los edificios más importantes de Madrid, como el futuro «Teatro Nuevo». En el otro, delineado por J. Giraldo y grabado por G. Noguera, está incluido en la obra de Ramón de Mesonero Romanos *Manual de Madrid. Descripción de la Corte y Villa*. Burgos 1833, en el que aparece esbozada la «Plaza de Oriente» y el «Teatro de Oriente» según figura inscrito en el mismo.

En el modelo de Madrid, en madera de distintas calidades y otros materiales del Teniente Coronel de Artillería don León Gil de Palacio, que ha sido la niña de mis ojos en las conferencias y artículos que he escrito sobre él, por ser las piezas museísticas más importantes del Museo Municipal de Madrid, que representa en relieve el Madrid con todas las edificaciones de los años 1828 a 1830, fecha esta última que aparece en la chapa o cartela del mismo; aparece el gran arenal de la plaza a Oriente de Palacio, como estaba todavía entonces a consecuencia de los derribos iniciados en tiempos de José Napoleón.

La ordenación de la plaza de Oriente se acometió definitivamente en 1836, en que se encargó el derribo del tramo de galería y glorieta. Al mismo tiempo continuaron, lentamente, las obras del teatro, pero con muchos contratiempos y con financiación municipal.

En 1837, Custodio Teodoro Moreno presenta su proyecto «de la nueva plaza que puede construirse delante del Real Palacio en sitio llamado de Oriente», volviendo a la tradicional planta cuadrangular española, en la que se sitúan una serie de manzanas de viviendas con fachadas porticadas (Jorge Maier Allende) y que tan solo la fachada del pórtico del Teatro conserva su trazado original.

En principio se acepta el proyecto presentado por el arquitecto Francisco Javier de Mariategui, pero ante lo exagerado del coste presupuestado por éste, se encarga la obra al arquitecto Tiburcio Pérez Cuervo. Por otra parte, en estos años la Corona compra definitivamente los terrenos de la «Plaza de Oriente», ya que no estaba clara la propiedad de los solares en el litigio que mantenía con el Ayuntamiento.

Muchos son los planes ideados para regularizar la plaza de Oriente, decía don Ramón de Mesonero Romanos, en la edición de 1844 del *Manual Histórico-Topográfico-Administrativo y Artístico de Madrid*; mas ninguno llegó a tener efecto hasta que la administración del real patrimonio adoptó en 1841 y emprendió seriamente el que al fin ha tenido efecto.

Consiste pues en una graciosa glorieta circular, y elevada algún tanto sobre el piso de la plaza, que forma un bonito jardín plantado de flores y árboles frutales y cerrado por una alta y elegante verja de hierro bronceado y de agradable dibujo. Por la parte exterior de la glorieta está circundada por un hermoso paseo formado con filas de árboles y coronado en su último término por cuarenta y cuatro estatuas colosales (de las que luego hablaremos más detalladamente), que representan a los monarcas españoles, y eran parte de la colección que estuvo en lo antiguo colocada sobre la cubierta de palacio y últimamente yacían arrinconadas en las bóvedas del mismo. (*Nuevo Manual de Madrid*, de don Ramón de Mesonero Romanos editado en Madrid en 1854).

[...] la disposición de la obra de esta bella glorieta o jardín que hermosea hoy uno de los sitios más importantes de Madrid fue dictada por los señores don Agustín Argüelles y don Martín de los Heros, tutor el primero de Su Majestad la Reina, (y de su hermana, así como Presidente del Congreso), e intendente el segundo de la Real Casa; y que la ejecución de toda la obra corrió a cargo de los ingenieros de Caminos y Canales don Juan de Rivera, don Juan Merlo y don Fernando Gutiérrez.

También está proyectada la conclusión de la plaza, decía diez años antes Mesonero Romanos, formando en los costados del teatro y la Glorieta cuatro manzanas de casas, dos a cada lado [...], con lo cual y la terminación del teatro se dará a la gran plaza la importancia que debe tener y a las avenidas del real palacio la magestad y decoro conveniente.

Las mejoras urbanas que necesitaba Madrid (en los años cuarenta del siglo XIX) eran muchas, (según Pedro Felipe Monlau en su *Madrid en la Mano o el Amigo del forastero en Madrid*, que se editó en 1850 [...]); varias las que se han propuesto; y algunas muy útiles las que se han llevado recientemente a cabo o que están en vía de ejecución.

Juan Álvarez Mendizábal (el de la desamortización, que fue alcalde de Madrid, en 1843) propuso varias en diferentes épocas. Pascual Madoz también, pero

quien más ha estudiado la materia, y más feliz ha sido en ver aprobados y adoptados sus proyectos de mejoras, es el señor don Ramón de Mesonero Romanos, quien, de 20 años a esta parte, ya como escritor en su precioso *Manual de Madrid* ya como concejal en el cuatrienio

último, ha clamado incesantemente por las reformas más necesarias, logrando ver sucesivamente realizados casi todos sus proyectos.

En el artículo Madrid del Diccionario del señor Madoz y en la Memoria y plano de mejoras generales presentada por el señor Mesonero Romanos en 1846 y 1849, decía Monlau, se encontrará todo cuanto desee saberse en punto a mejoras urbanas de Madrid.

Todas estas mejoras importantísimas, y otras varias no menos importantes que se han llevado a efecto en estos últimos años, acababa diciendo en su *Madrid en la Mano* editado en 1850; o que se están ejecutando o que andando el tiempo, se realizarán, todas son debidas en su mayor parte a las oportunas indicaciones y al exquisito celo del autor del *Manual de Madrid*.

En el *Nuevo Manual de Madrid* que dio a la luz Mesonero Romanos en 1854, al hablar de la «plaza y glorieta de oriente» repetía lo escrito diez años antes, añadiendo los últimos cambios llevados a cabo en aquella plaza:

Posteriormente se han añadido a ambos lados de esta glorieta otros dos graciosos jardines abiertos con varias calles para paseo, y, por último se ha regularizado, y embellezido esta hermosa plaza en forma semicircular, dando frente al Palacio, con la fachada del Teatro Real y construcción de dos manzanas de casas que forman a los costados de aquel las calles nuevas de Felipe V y Carlos III; de Lepanto y de Pavía.

Aprovechando que Mesonero Romanos nos habla de estas nuevas calles que desembocan o tienen que ver con la plaza de Oriente, les comentaremos que las calles laterales al teatro que desembocan en la glorieta recibieron los nombres de Felipe V y Carlos III el 31-III-1848; Pavía y Lepanto: paralelas a Bailén, que delimitan los jardines laterales de la plaza, terminando en la plaza de la Encarnación, la primera y en la de Ramales la segunda: llevan estos nombres de batallas, desde el 11-I-1835 y el 31-III-1848; y que las calles San Quintín y Requena que delimitan los jardines laterales de la plaza de Oriente, por el Norte y por el Sur, recibieron estos nombres el 11-I-1835, finalmente la calle «Nueva» de Palacio o a Palacio que «separa» el Palacio Real de la plaza de Oriente, pasó a denominarse Bailén, en la misma fecha de las anteriores.

La reina Isabel II y el Ayuntamiento de Madrid aprobaron un plano del proyecto que presentó el Arquitecto Mayor de Palacio, Narciso Pascual y Colomer, en los últimos meses del año 1844, en el que los jardines que aparecen son parterres muy menudos, inspirados en los mudéjares y en el que las dos manzanas de casas laterales del teatro forman un semicírculo más pequeño.

El eje mayor de la glorieta elíptica que unía la puerta del Príncipe del palacio sobre Real con la fachada principal del teatro, se hallaba elevada como dos pies sobre el terreno y rodeada con una escalinata de tres gradas de piedra caliza; interrumpida por veintidós zócalos de granito, en los que se asentaban 44 pedestales, con asientos intermedios de piedra de Colmenar y sobre estos pedestales se alzaban otras tantas estatuas.

Hacia trece años que se habían paralizado las obras en el Teatro Real, cuando la voluntad de la joven reina Isabel II, reforzada con el apoyo enérgico de su ministro de la Gobernación, el Conde de San Luis, consiguieron que lo que no se había podido acabar durante unos treinta años (contando desde los primeros proyectos), quedase listo, en 1850, en cinco meses.

Decidida Su Majestad la Reina a que la capital de la Monarquía no carezca por más tiempo de un coliseo digno de la corte, he tenido a bien mandar que se proceda inmediatamente a terminar las obras del Teatro de Oriente [...] Madrid 7 de mayo de 1850.

En la noche del 19 de noviembre de aquel año, festividad de la reina Isabel II tuvo lugar la inauguración oficial del Teatro Real, con la puesta en escena de la ópera de Donizetti *La favorita*.

Francisco Pérez Mateos, en *La Villa y Corte de Madrid, en 1850*, decía que:

En el orden social, la fiesta de inauguración ha constituido una solemnidad [...] Desde las ocho de la noche, comenzaron a desfilar infinitos carruajes de los cuales descendían las damas más linajudas y los más altos personajes. La fila de coches llegaba hasta la Puerta del Sol.

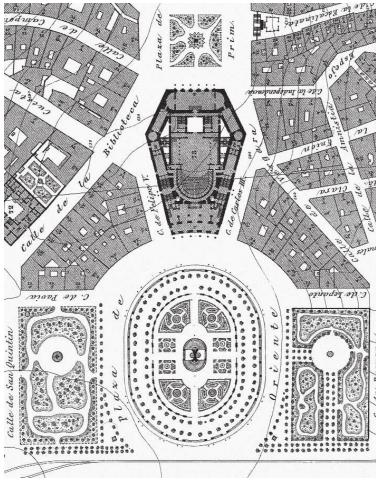
Delante del Real se agolpaba la multitud difícilmente contenida, mirando a los que llegaban y contemplando el teatro. Los balcones estaban adornados con colgaduras e iluminados con hachones de cera; sobre el gran escudo de la fachada principal (se refiere, por supuesto a la que da a la plaza de Oriente, ya que nosotros solo trataremos en esta conferencia, lo que tiene que ver únicamente con esta plaza madrileña), ondeaba una bandera; multicolores gallardetes adornaban los monumentales faroles.

Dejamos para otra ocasión u otra conferencia o cuando sea, el hablar del pórtico, de terraza amplia y vistosa, para cobijar los coches y por supuesto no nos meteremos en el interior del teatro, incluidos los «retretes inodoros a la inglesa» con sus correspondientes «mozas de retrete» que causaron gran éxito, para pasar a los jardines de la Plaza de Oriente.

PLAZA AJARDINADA, CON JARDINES LATERALES

La capital de España nunca fue pródiga en jardines, Mesonero Romanos, en 1844 ya comentaba la poca afición de los madrileños por los jardines, y Pascual Madoz hacía un comentario semejante. Por su parte Ángel Fernández de los Ríos en su *Guía de Madrid. Manual del Madrileño y del Forastero* (1876), decía que a pesar del impulso que se había dado a la jardinería, todavía «yacía aquí abandonada, mientras en los países más civilizados de Europa hacían de este arte, por sí solo, una profesión».

Las causas de esta falta de interés por crear jardines en la capital de España eran muchas, (según Victoria Soto Caba) y no sólo por la falta de afición de los madrileños,



La Plaza de Oriente en el plano parcelario de Madrid, año 1872

sino por el problema de la escasez de agua, cuestión que no se solucionará hasta la segunda mitad del siglo XIX; por otra parte la propia fisonomía urbana de la Villa y Corte impedía la instalación de nuevos jardines.

Aunque las plazas ajardinadas fueron muy escasas en el Madrid del siglo XIX, Madoz las criticaba por la irregularidad de sus edificios y por la falta de vegetación y plantas, citando como «ejemplo interesante, la Plaza de Oriente, con dos jardines».

Una de las novedades más importantes en el campo de la jardinería en el Madrid del siglo XIX, según María del Carmen Ariza Muñoz, fue la aparición de la iniciativa municipal, hasta mediados de ese siglo, inexistente.

La formación de plazas ajardinadas, como es el caso nuestro de la de Oriente, fue otra de las actividades municipales. Eran como los «squares» londinenses, conociéndose popularmente con el nombre de «jardinillos». Aunque algunas aparecían ajardinadas «geoméricamente» (influencia francesa), el tipo de jardín que presentaban la mayoría fue el «paisajista» (influencia británica), a base de praderas, formando parterres irregulares en los que convivían los árboles, arbustos y las flores.

En un principio se había pensado colocar en el centro de la plaza de Oriente una fuente, pero la idea de trasladar allí la magnífica estatua ecuestre de Felipe IV, del florentino Pietro Tacca, con el caballo en corveta, que estaba en el llamado «jardín del caballo» del Buen Retiro, fue la solución perfecta; se trataba de la más sobresaliente estatua en bronce, de España y una de las mejores, ecuestres, del mundo, y así pasó a presidir el centro de la nueva plaza de Oriente. Según Mesonero Romanos, en el corto espacio de tres horas se trasladó, el 16 de noviembre de 1843, el caballo y al siguiente día el jinete.

A mediados del siglo XIX, rodeando a la fuente-monumento de Felipe IV, de la que hablaremos al final, se trazaron pequeños parterres geométricos (los parisinos) de boj, con flores y árboles frutales, entre los que se colocaron cuatro pequeñas fuentes y bancos de piedra.

Hasta el año 1927, la parte central, de las tres ajardinadas, que componían la plaza, estaba cercada por una verja de hierro bronceado, que situada sobre un basamento de piedra caliza impedía la libre entrada al público, igual que en los «squares» londinenses; aunque la gente podía rodearla circulando por el amplio paseo que tenía a su alrededor, en el que se alzaban dos filas de acacias, como nos cuenta Carmen Ariza Muñoz, y una hilera de farolas de gas (el alumbrado público de gas había llegado a

esta plaza en 1848), completaba la decoración; así como las estatuas de piedra de los reyes, de las que hablaremos a continuación.

Simultáneamente se fueron llevando a cabo las plantaciones de olmos, gledtzias, pinos, cedros, entre otros árboles, además de numerosos arbustos y flores que rodeaban la estatua ecuestre de Felipe IV.

Tras la revolución de 1868, la plaza de Oriente se abrió al pueblo, sin embargo a partir de 1871 fue nuevamente devuelta a la Corona, aunque esta permitió que pudieran disfrutarla los madrileños durante el día, puesto que al atardecer el guarda cerraba la puerta de la verja hasta el día siguiente.

Miguel Martínez Ginesta, en su *Madrid Moderno*, que se publicó en 1880 decía

[...] bastante se ha progresado en Madrid, sustituyendo sus mezquinas e irregulares plazuelas, y las más espaciosas de Oriente y Mayor por lindos jardines, con plantaciones de hoja perenne o coníferas entre siempre verde alfombra de césped». El nuevo jardín paisajístico era preferido, por este autor, al tradicional, pues «el gusto moderno se ha decidido por el jardín natural, a la inglesa, porque se presta a más variedad.

A partir del plano de Madrid del año 1866 se pueden ver las magníficas representaciones cartográficas de la Plaza de Oriente, especialmente en las Hojas kilométricas de la Topografía Catastral de España que publicó la Junta General de Estadística en 1870 y también en el Plano parcelario de Madrid, litografiado en 1877, por el Instituto Geográfico y Catastral, bajo la dirección de don Carlos Ibáñez e Ibáñez de Ibero.

En su *Historia de los Monumentos de la Villa de Madrid* de 1909, José Rincón Lazcano dice lo siguiente: «Rodeando a la plaza de Oriente se hallan colocadas simétricamente cuarenta estatuas; groserísimas estatuas berroqueñas de Reyes, si hemos de respetar la frase que en el terreno de la crítica artística escribió Castelar».

Los escultores Juan Domingo Olivieri y Felipe de Castro se ocuparon de la dirección y supervisión de la ingente y laboriosa obra que a mediados del siglo XVIII supuso la realización en piedra de Colmenar de Oreja, a un tamaño casi el doble del natural, de los reyes godos, suevos, castellanos, leoneses, navarros, aragoneses, etc. así como otros adornos que totalizaban 134 piezas para decorar el palacio Nuevo de Madrid que sustituiría al antiguo alcázar, incendiado en 1734. En 1749 se adjudicaron las estatuas a distintos escultores, (algunos de ellos harían más de una), de los que nombraremos solamente a los de las esculturas de los reyes que acabaron en la plaza de Oriente en el siglo XIX, como: Felipe de Castro, Luis Salvador Carmona, Alejandro Carnicero, Felipe del Corral, Juan Porcel, etc.

Se habían colocado, en el reinado de Fernando VI, en la coronación del palacio, por orden cronológico; pero Carlos III, nada más llegar a Madrid, mandó retirarlas el 8 de febrero de 1760 no volviendo a aparecer hasta la segunda mitad del siglo XIX.

Por altura de sus respectivos destinos fueron esculpidas a un tamaño casi el doble del natural, en dos mitades, sin «extremada finura y detalle».

Según Francisco Javier de la Plaza Santiago, el gran autor de *El Palacio Real Nuevo de Madrid* «[...] esta serie escultórica, la más extensa que nunca se haya hecho en España ha merecido un juicio [...] de censuras», ya que algunas piezas estaban destinadas, en principio, a ocupar un emplazamiento alejado de la vista, en lo alto de la balaustrada del Palacio Real Nuevo de Madrid.

Las diferencias de calidad técnica y estética son enormes entre ellas, opina De la Plaza. Existen piezas positivamente malas en que la torpeza artesana de los que las hicieron, canteros más que escultores, es patente. Desproporciones, rigidez, inexpresividad en los rostros, falta de naturalidad en las posturas, etc. [...]. Pero también abundan las estatuas llenas de nobleza y buen oficio [...]

La iconografía e indumentaria, así como las fuentes en las que los escultores debían documentarse, era nula, no solo en estos años de mediados del siglo XVIII, sino dos siglos después, en estos aspectos se había avanzado algo, pero no lo suficiente.

De las reinas que se hicieron en piedra, para el nuevo palacio de los Borbones a mediados del siglo XVIII, la única que ha quedado en la plaza es doña Sancha, acompañada por algunos reyes godos, de Asturias, León y Castilla, hasta un total de veinte.

Estas estatuas aparecen en la literatura, casi más que la propia plaza de Oriente. De ellos (se refiere a los reyes), decía José María Quadrado en 1853, en su obra *Recuerdos y bellezas de España*, que estaban «poco caracterizados en su trage y fisonomía, de postura violenta y de trabajo nada esmerado». Mesonero Romanos volvía a insistir en su *Nuevo Manual de Madrid* de 1854, que «Dichas estatuas, ejecutadas en el reinado de Felipe V por los artistas de aquella época, no pueden ser juzgadas hoy con imparcialidad, pues como fueron hechas para ser vistas a grande altura, ni su tamaño, ni sus actitudes, ni lo poco acabado de su trabajo, están en correspondencia con el sitio en que hoy se hallan colocadas».

Ramón Gómez de la Serna que en su *Elucidario de Madrid* y en su novela madrileña de invierno *Las tres gracias* fue uno de los escritores importantes que más escribió sobre la plaza de Oriente, dedicando numerosas alusiones ingeniosas a las de los reyes de piedra, dice que le daban al lugar «aspecto de panteón de Reyes».

En la revista *La Esfera*, de 1924, J. Blanco Coris, al hablar de la plaza de Oriente decía que:

y allí siguen inamovibles las estatuas de los reyes de España, verdadero aborto de colosos labrados en el siglo XVIII por todos los cinceles de Madrid, bajo la dirección de Olivieri y Castro, siendo la mofa del ornato público y el espanto de los niños.

En la novela *Madrid de Corte a Cheka*, escrita por Agustín de Foxá en Salamanca en el año 1937, el autor nos habla del 14 de abril de 1931 de esta forma:

Llegaron a la Plaza de Oriente. Volaban las asustadas cortesanías palomas de las cornisas. Los balcones estaban cerrados. Como un mar llegaban las oleadas de la multitud hasta las mismas puertas del Alcázar (se refiere al palacio Real).

— ¡Muera el Rey!, clamaba un estudiante encaramado en el brazo de piedra de la estatua de Recesvinto.

— ¡Muera!, atronaba la muchedumbre. Frente a los jardines de la calle Bailén (el autor se refiere a los de la plaza de Oriente), [...] se había estacionado el grupo de los tiradores de estatuas, rodeaban con un cable el cuello blanco de una reina de piedra.

— Traed picos.

Interrogó José Félix:

— ¿Por qué vais a tirarla?

— Es la madre de Berenguer.

(Se referían al Teniente General don Dámaso Berenguer, conde de Xauen, que había sido Ayudante de S.M. el Rey Alfonso XIII, así como Presidente del Consejo de Ministros y Ministro del Ejército con la monarquía).

José Félix se acercó al pedestal. Leyó en la piedra una inscripción [...]: «Doña Berenguela, Reina de León».

Camilo José Cela en sus *Nuevas escenas matritenses* decía: «A las obras de arte hay que respetarlas, en eso se conoce la civilización». Nosotros estamos de acuerdo con el Premio Nobel de Literatura, incluso contra los que habían derribado la magnífica estatua de Felipe III, de la plaza Mayor madrileña, aquel día triste de abril de 1931, en que las masas del Frente Popular preparaban los bidones de gasolina para empezar a quemar iglesias al mes siguiente.

A los reyes de la plaza de Oriente, seguía diciendo Cela, cuesta mucho conocerlos por fuera, a un primer golpe de vista. A los reyes de la plaza de Oriente los ponen en postura de rey y en paz. Los reyes de la plaza de Oriente representan su papel la mar de bien, en esto no puede haber queja alguna.

A los reyes de la plaza de Oriente, cuando llega la primavera, los ponen perdiditos los gorriones, [...] Pero los reyes de la plaza de Oriente, ¡que tíos más aplomados!, ni se inmutan. En eso dan ejemplo al vecindario, que está siempre protestando por todo[...] Los reyes de la plaza de Oriente, así, un poco ladeados y con un pie para delante, como si fueran a cantar «La del Soto del Parral» o aquello de «Fiel espada triunfadora» [...], no se pueden portar mejor, ni más resignadamente de lo que se portan. ¡Que paciencia!

La Plaza de Oriente ha estado presente en la literatura, y en el recorrido que vamos a hacer a través de ella, empezaremos por la novela de don Benito Pérez Galdós *La de Bringas*, en la que los protagonistas de la misma viven en el piso alto del Palacio Real, como empleado el marido de la Casa Real. De vez en cuando una ventana nos devuelve la conciencia del lugar en que nos hallamos:

El caballo de Felipe IV nos parecía un juguete [...] Más abajo por donde estábamos tenían su nido las palomas, a quienes veíamos precipitarse en el hondo abismo de la plaza.

Andrés Amorós al estudiar esta novela comenta que «Ante todo desde la parte Plaza alta del Palacio se domina un espléndido panorama de paisaje madrileño: la Plaza de Oriente: «Miramos por el ventanón el hermoso panorama de la Plaza de Oriente y la parte de Madrid que desde allí se descubre, [...] El Teatro Real».

Otro académico de la Lengua, Pío Baroja, la vio en su novela *La Mala hierba* (1904), en un día de nevada:

Madrid cubierto de nieve estaba deshabitado; la plaza de Oriente tenía un aspecto irreal, de algo como una decoración de teatro; los reyes de piedra mostraban hermosos mantos blancos; la estatua del centro de la plaza se destacaba gallardamente sobre el cielo gris.

En «Las noches del Buen Retiro» Pío Baroja nos daba su opinión sobre el Teatro Real:

Tenían solemnidad, en el Madrid de hace cuarenta años, las funciones del Teatro Real. Se aseguraba y parecía cierto, que en casi ninguna de las capitales europeas, presentaba la sala de un teatro un aire de fiesta cortesana tan solemne como la ópera madrileña.

El poeta mexicano Amado Nervo, que había vivido en París antes de Madrid, en donde estuvo de Secretario segundo de la Legación de México en España, afirmaba del teatro de la plaza de Oriente que: «el Real es uno de los más elegantes teatros de Europa [...]. En él todo es histórico. Las óperas, los palcos y algunas veces las mamás que los ocupan [...] es hermoso y elegante».

ISLA PEATONAL DE MADRID

En los jardines laterales de la plaza de Oriente, el rey Alfonso XIII inauguró en 1911 y 1912 dos monumentos de los que vamos a hablar ahora, antes de pasar a examinar extensamente, como se merece, la mejor estatua de España, la segunda pública, monumental, más antigua de Madrid, la de Felipe IV, que preside el centro de la plaza.

En los «jardines Lepanto», entre las calles Requena y Lepanto, y en el borde exterior, próximo a Bailén, se puede ver un sencillo monumento de 3,60 metros de altura, incluido el pedestal, coronado por el busto del capitán de Infantería Ángel Melgar, que murió heroicamente en el Barranco del Lobo, en Melilla, al frente del Batallón de Cazadores de Arapiles número 9, por lo que le fue concedida, a título póstumo, la Cruz de la Real y Militar Orden de San Fernando.

En este conjunto destaca el busto del homenajeado y todo él ha sido tratado con evidente realismo por el escultor Julio González Pola. En el lado derecho del pecho luce los cordones de ayudante y en el izquierdo las condecoraciones militares, aunque



La Plaza de Oriente. Tarjeta postal

«el rostro resulta inexpresivo y frío con una actitud solemne y un impropio alejamiento de la escena que le rodea», de acuerdo con M^a del Socorro Salvador, provocando la desconexión entre las dos figuras que componen el monumento aumentada por la diferencia proporcional entre ambas».

A los pies de la columna en la que se apoya el busto y sobre unos escalones, un soldado de Infantería, de reducido tamaño, en uniforme de campaña y con el fusil en su mano izquierda eleva, con su brazo derecho extendido hacia el busto, una rama de laurel.

Este monumento pasa bastante desapercibido por sus dimensiones y por supuesto, estamos totalmente de acuerdo con el catedrático Martín González, en que «es un desacierto romper la escala entre las dos figuras de bronce, ya que el soldado es muy pequeño en relación con el busto».

En una de las esquinas del otro jardín lateral de la plaza de Oriente el comprendido entre las calles Pavía, San Quintín y Bailén, se alza uno de los mejores monumentos realizados, en nuestra opinión, por el número uno de los escultores españoles de todos los tiempos en monumentos públicos, el incomparable don Mariano Benlliure, que por supuesto es el número uno de los españoles en figuras ecuestres, aunque en esta de los «jardines del Cabo Noval» no hay caballos.

El heroísmo del Cabo Noval en la guerra de Marruecos justificó la construcción de un monumento público en Madrid. Un conjunto de grandes dimensiones, 6,50 metros de altura, en el que pedestal y figura (piedra y bronce) forman un todo único.

Arriba de todo y a la espalda de la escultura en bronce del cabo Luis Noval surge una figura femenina de piedra que representa a la Victoria, enarbolando la bandera española, desplegada de tal forma que sirve de fondo al héroe que murió entre los moros cuando el enemigo quiso sorprender, por la noche, a los centinelas del regimiento de Infantería del Príncipe n.º 3, por lo que le fue concedida la Cruz de San Fernando a título póstumo.

El valiente soldado, que va equipado con el ros y cogotera, la manta enrollada y la impedimenta de campaña: ceñidor, trinchas y cartucheras; marcha con el fusil Mauser sobre el hombro derecho.

Benlliure continua la tradición de sus monumentos en esta escultura, en la que da tanta importancia al pedestal como a la estatua, para crear un gran conjunto monumental, en el que las notas constantes que se aprecian en él son: el sentido narrativo y la exaltación patriótica, con técnica minuciosa y cuidada.

Según Martín González, El intenso realismo de la composición es compatible con lo que constituye el fondo hecho en piedra, con un ritmo elegante y modernista.

S.M. el Rey Alfonso XIII, acompañado de la familia real inauguró el monumento al Cabo Noval en los jardines laterales de la plaza de Oriente, que hoy en día llevan su nombre, el día 8 de junio de 1912.

La plaza de Oriente fue, durante muchos años, el centro de gravedad de la vida de la Corte y el punto neurálgico de la actividad oficial. Plaza, que como ninguna otra ha sido testigo de las convulsiones de una política accidentada. Allí han acudido numerosas veces las gentes enardecidas de entusiasmo o las turbas cegadas por el odio y la ira.

Según el escritor don Joaquín Calvo Sotelo, miembro de la Real Academia Española: Los personajes de su comedia *Plaza de Oriente* se han asomado muchas tardes a su mirador (vivió en la calle de San Quintín hasta 1931), y han visto el desfile de soldados, relevo de la guardia de Alabarderos al son de los pífanos del «zaguanete» o de la música de la Guardia exterior, que pasaba por Bailén, delante de la puerta del Príncipe, marchando o regresando de la plaza de Armas, de la Armería; a las comitivas cortesanas, así como a los embajadores que pasaron por allí y también los manifestantes que daban vítores o mueras, aplausos, etc. [...]

Nosotros, tenemos también, nuestra pequeña historia, con minúscula, de la plaza de Oriente. Pues al pie de la estatua de don Pelayo, que venía a ser como una parada de autobús, los niños madrileños de entonces, con nuestras mamás detrás, podíamos coger el cochecito tirado por un borriquillo, que daba vuelta a la plaza, como si fuera un tiovivo enorme, pero con un anillo de verdad. Del techo del carricoche colgaban las campanillas con cadenillas, que los niños más pequeños no dejaban de tocar durante todo el recorrido. Para ir en el pescante (solo dos plazas) había que ser muy espabilado y si montabas en el borriquito, todavía más; costaba algo más de los 50 céntimos y te sujetaban a la montura con unas correas.

Varias generaciones disfrutaron de este inocente entretenimiento; allí subió mi padre, allí monté yo y allí llevé a alguno de mis hijos, pero aquella ilusión de la infancia desapareció con el progreso, cuando los alrededores de la plaza se llenaron de autobuses de turistas. El carricoche de la plaza Oriente tuvo su antecedente en un cochecito tirado por dos cabras, al que se denominó «tren infantil», cuando este medio de transporte se afianzó en España.

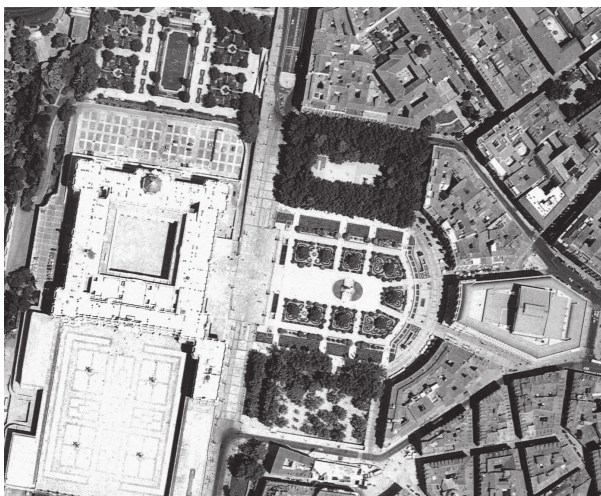
En el año 1927 había desaparecido la verja central de la plaza y al acabar nuestra última guerra civil, las estatuas de los reyes en piedra, disminuidas a la mitad (veinte) las trasladaron a los rebordes de los jardines laterales de la plaza, mirando todas a la gran obra de arte que preside el centro de la misma, la gran escultura de Felipe IV de Tacca, pues antes, incomprensiblemente le daban la espalda.

Las presentaciones de Cartas Credenciales en sus «carrozas» vuelven otra vez a Madrid, siguiendo el protocolo de la monarquía alfonsina y la plaza de Oriente se llena de madrileños en las manifestaciones en tiempos de Franco. Pero volvamos a este lugar en uno de los días más importantes para la Historia de España, con mayúscula, el 27 de noviembre de 1975, mañana soleada en la que la plaza de Oriente se llenó hasta la bandera de españoles. Nosotros estábamos allí, pero no abajo entre el público, sino en una ventana de la última planta de la fachada de Palacio, justo encima del balcón principal de la puerta del Príncipe que da a la plaza de Oriente, donde se asomaron los reyes de España, repetidas veces a agradecer al público sus vivas y ovaciones, entre un flamear de pañuelos.

A comienzos del siguiente año, aquel testigo de excepción que fui yo, pasaría agregado al Cuarto Militar del Rey, y todos los días atravesaba la plaza de Oriente para entrar al despacho por la puerta del Príncipe de Palacio, donde me ocupé de los nuevos uniformes de gran gala para el Regimiento de la Guardia Real, uniformes que había que resucitar (nunca mejor dicho) para estar a la altura de las otras monarquías como la británica, belga, danesa, holandesa, noruega, etc... o como las repúblicas con cierta antigüedad en el mundo como la francesa y la italiana.

Acabada mi misión en el Cuarto Militar del Rey, pasé al Centro de Ayudas a la Enseñanza, que entonces estaba en el antiguo cuartel de los Alabarderos en la calle de San Nicolás y volví a seguir pasando por la plaza de Oriente durante algunos años, pero eso es otra historia.

Mis últimas historias personales, relacionadas con esta plaza tuvieron lugar entre los años 1983 y 1993 en que organicé y dirigí las «Retretas Militares» del 2 de Mayo, que tenía una de sus paradas o retretas en la plaza de Oriente. Las unidades a pie, vestidas con los uniformes reglamentarios, de gran gala en los siglos XVIII y XIX, las colocaba, con sus bandas y músicas, en la calle Bailén, con el fondo de la fachada del Príncipe de Palacio. A la



Ortofoto de la Plaza de Oriente

cabeza de ellas la escuadra de batidores y banda de clarines del escuadrón de la Policía Municipal a caballo y a continuación la del escuadrón de la Guardia Civil y creo recordar que alguna vez estuvieron delante de los reyes de piedra, dando frente a la estatua ecuestre de Felipe IV.

También me ocupé de organizar la «retreta de las Fiestas Europeas» de 1989, que finalizó en la plaza de Oriente dando frente a la fachada del Príncipe de Palacio todas las bandas y músicas con los granaderos y fusileros del reinado de Carlos III y las hileras de flanqueadores con antorchas encendidas.

En 1993 comenzó una polémica reforma de la plaza, según Carmen Ariza, en los *Anales* de nuestro «Instituto de Estudios Madrileños», que llevó a cabo el arquitecto Miguel de Oriol. El resultado ha sido mantener el jardín y suprimir el tradicional aislamiento del Palacio con respecto a esta plaza, ya que estaban divididos por la transitada calle de Bailén. Para ello se hizo un paso subterráneo de vehículos por debajo de dicha vía y un aparcamiento bajo la plaza.

Al haberse hecho peatonal sus alrededores, se han realizado nuevas superficies ajardinadas, como son dos amplias franjas rectangulares entre las tres zonas tradicionales de la plaza, con setos de boj, cobijando flores y plantas olorosas. Igualmente se han plantado nuevos árboles: una hilera semicircular de liquidámbaros delante del reciente restaurado Teatro de la Opera (se lo publicaron a Carmen Ariza en el año 2003).

Los espacios laterales siempre han tenido un carácter menos refinado, ya que son suelos de tierras, en los que se levantan plátanos y algún cedro, entre los juegos infantiles y bancos. Sin embargo, para quitar aridez al terreno se han plantado zonas de césped adornadas con flores de estación.

Terminamos nuestro recorrido histórico por la plaza de Oriente que se ha convertido, desde el año 1993 en «la más grande y bella isla peatonal de Madrid, uno de los lugares maravillosos de la Capital y el más visitado por el turismo»; profundizando en el monumento ecuestre de Felipe IV, el gran protagonista de la plaza, que en el centro de la misma «eleva la plaza hacia el dios del Arte», como diría en su día Ramón Gómez de la Serna.

LA MEJOR ESTATUA ECUESTRE

Por un loable afán de emulación, que permite hoy a Madrid poseer dos de las más importantes estatuas ecuestres del mundo; el Conde-Duque de Olivares por orden del Rey, encarga «otra» estatua ecuestre a Pietro Tacca, natural de Carrara, en la Toscana, que había pasado a Florencia a trabajar como discípulo en el taller de Juan de Bologna y que tuvo que terminar la estatua de Felipe III de la plaza Mayor madrileña, debido a su muerte en 1608. La nueva escultura del monarca reinante: Felipe IV debía tener el caballo levantado sobre su cuarto trasero, como los caballos que acababa de

pintar Velázquez. Según Elías Tormo, el pintor sevillano, «lo puso de moda en nuestra Corte, la primera de Europa y la que daba el tono en aquellos años».

El retrato de Felipe IV a caballo, pintado hacia 1636, para el Salón de Reinos del palacio del Buen Retiro, en una copia reducida, serviría de modelo a Tacca, lo mismo que una pintura menor, de medio cuerpo del monarca, para los detalles de la cabeza, aunque también se debió contar, como documentación previa, con la cabeza del Rey que modeló el famoso imaginero sevillano Juan Martínez Montañés en sus siete meses de estancia en la capital, retornando a Sevilla en febrero de 1636. En el museo del Prado se puede ver el retrato del escultor, pintado por Velázquez, en el que aparece el maestro esculpiendo el busto de Felipe IV.

La estatua ecuestre del toscano, según el encargo de la Corte de Madrid, debía ser «di grandezza per quattro volte il naturale». La actitud del caballo de bronce, en posición de corveta o posada, ofrecía una inmensa dificultad que parecía imposible de combinar con el enorme peso y volumen de la estatua (8.000 toneladas); pero el escultor supo vencerla en el taller de Florencia, y estamos convencidos que, sin necesidad de recurrir a Galileo, como se ha dicho; sino tan solo con el saber hacer de una, por no decir la mejor, fundición artística del mundo en aquel momento y con el sentido común.

Para conseguir el equilibrio necesario de una escultura de estas dimensiones y con este peso, se le colocó, al caballo, interiormente: «una barra de acero de sección cuadrada que recorre toda su longitud desde el pecho hasta la cola y que baja respectivamente por la cola y las patas. En la base del caballo una plataforma romboidal, encastrada en el basamento une las extremidades posteriores y la cola, de cuyos vértices laterales parten dos vigas de hierro, también encastradas, que se proyectan hacia delante recorriendo toda la longitud de la base de bronce, según explica en *El Caballo de Bronce* José Manuel Matilla, que obtuvo toda esta información del escultor Eduardo Capa, que participó en la última restauración del año 1997, en la que se descubrieron todos estos detalles interiores de la escultura.

Por otra parte, el grosor del caballo disminuye desde la cola que rodea una de las vigas y las extremidades posteriores, casi macizas, hasta la cabeza, cuyo grosor es de apenas dos milímetros, aligerando de este modo el peso que el cuarto trasero y la cola han de soportar.

El caballo consta de tres piezas a las que a su vez se añaden otras más pequeñas: cabeza y cuello; el pecho hasta la cincha, lomo y cuartos traseros. En la cabeza se integran separadamente las dos orejas, así como las dos crenchas que caen a cada lado de la frente; y finalmente las piezas que componen el freno del bocado, fundidas separadamente. Al pecho se unen cada uno de los brazos y al costado derecho del cuello las crines. Desde la cincha hasta las extremidades posteriores todo es de una pieza.

En la cincha el escultor grabó, a modo de firma, su nombre, año y lugar donde se fundió:

PETRVS TACCA – F. FLORENTIAE
ANNO SAL – MDCXXXX

La figura del Rey se fundió en diferentes partes, esto es: cabeza, tórax (al que se unen los dos brazos), el abdomen, que forma un conjunto con la silla y los muslos; y finalmente las dos piernas unidas desde la parte superior de las rodillas. A este conjunto se añadieron las piezas independientes, como la banda de General que ondea al viento, la espada, la bengala y las riendas que maneja con la mano izquierda.

La estatua llega por fin al puerto de Cartagena en marzo de 1641, sin embargo no la entregan en Madrid hasta el 10 de junio del año siguiente, por la falta de liquidez de la Corona, surgiendo un nuevo problema al comprobarse que el rostro del Rey tenía poco parecido, por lo que se pidió al hijo de Tacca, que venía con ella, que la modelase de nuevo. La calidad de la cabeza es inferior al resto de la escultura, puesto que el rostro de Felipe IV es bastante inexpresivo, aunque los Habsburgo eran así: rostro delgado, bello caído, gran nariz y ojos tristes. Por la altura a la que estaba previsto, en principio, colocar la estatua en el jardín de la Reina del Buen Retiro (luego como hemos dicho pasó a presidir la plaza de Oriente en un pedestal y fuente, mucho más alto), se llevaron a cabo unas «correcciones», en Madrid, al hacer una nueva cabeza Fernando Tacca, hijo del escultor fallecido; dotando a la figura del Monarca de un cuello excesivamente largo, para que al ver los espectadores la escultura desde abajo, no pareciera cuellicorto.

La armadura damasquinada, trabajada a cincel, la banda flotante, cruzada al pecho y anudada al talle, calzas y silla «bordadas», la crin del caballo bien larga y la cabeza sin sombrero. En la mano derecha, enguantada y extendida, sujeta la bengala de general, mientras maneja el animal con la mano izquierda y las piernas; esto es, con un leve ademán hace alzarse al corcel sobre los cuartos traseros, apoyándose fuertemente en los estribos, rozando con sus espuelas los flancos del animal.

En la época de Carlos II se produjeron cambios significativos en el Real Alcázar de Madrid, colocándose la estatua ecuestre de Felipe IV en lo alto de la fachada principal del palacio, aunque fue poco tiempo el que permaneció en tan elevado lugar, puesto que dos años después, don Juan de Austria mandó bajarla con la mayor discreción posible, volviendo a los jardines del Buen Retiro.

Cítase con este motivo una cuarteta que corrió, a manera de pasquín, acerca de las fallidas promesas de economía hechas por el Gobierno:

Pan y carne a quince y once,
como fue el año pasado,
con que nada se ha baxado
Sino el Caballo de bronce.
¿A qué vino el señor Don Juan?, (dijeron las comadres)
A bajar el caballo y subir el pan.

Don Ramón de Mesonero Romanos decía al hablar de esta escultura: «A las espaldas del embarcadero, se extiende una placita en cuyo término medio se halla colocada, sobre un mezquino pedestal, la magnífica estatua ecuestre de Felipe IV, conocida en



Busto de Felipe IV



Filigrana en el pecho de la armadura

el pueblo de Madrid un poco prosaicamente, con el título de «el caballo de bronce» [...] Siendo de lamentar que tan bella obra no se halle en un sitio más frecuentado, ofrecida a las miradas del público y a la admiración de los inteligentes».

Isabel II autorizó el traslado de la escultura ecuestre de Felipe IV desde el Buen Retiro a la nueva plaza de Oriente, para presidir su centro, sobre un fuerte y alto zócalo de granito adornado con bajorrelieves, en los que se representa a Felipe IV condecorando a Velázquez, con el hábito de Santiago, y al mismo Rey dispensando su protección a las Artes y a las Ciencias.

En el frente que da al Palacio se colocó un recuadro en mármol cuya inscripción dice: «Reinando Isabel II de Borbón, año 1844», y en el otro, que da al teatro: «Para gloria de las Artes y ornamento de la capital erigió Isabel II este monumento».

Hay una fuente en cada uno de los frentes, que consiste en una escultura de un anciano que simboliza un río, el cual vierte el agua en unas conchas, que la derraman en un gran pilón circular y en los cuatro ángulos se ven otros tantos pedestales con cuatro leones de bronce. Los dos escultores que participaron en todas estas obras del pedestal y la fuente, fueron Francisco Elías y José Tomás.

En los estrados de piedra que quedan a ambos lados del monumento, se hicieron dos bancos de piedra, a los que se sube por una escalinata, hasta dos fuentes en las que se puede beber, «la escalinata de los sedientos» (que así la denominó Gómez de la Serna, en 1931).

Un día llevó a sus versos Hartzenbusch el ambiente infantil que rodeaba a la estatua, pero inventando un horario ilógico para los niños y en otro verso, que no vamos a traer aquí, haciendo lo mismo con los pájaros que entraban por la del caballo de bronce y luego no podían salir. Verso bonito, pero irreal porque la fundición de la escultura no permitía la entrada de las aves en el cuerpo del caballo.

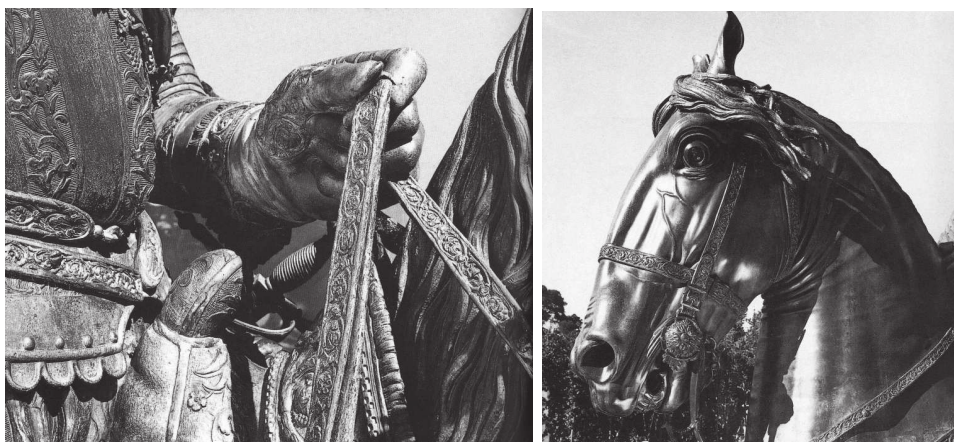
Niños que de seis a once,
tarde y noche, alegremente,
jugáis en torno a la fuente,
del gran caballo de bronce
que hay en la Plaza de Oriente.

Y hasta un escultor de la categoría del francés Rodin exclamó en su día: «¡Qué bien galopa al aire el caballo de la Plaza de Oriente!».

Por otra parte José Ramón Mélida, en su *Guía de Madrid* de 1906 habla de esta forma de la estatua: «La atrevida posición del caballo, levantado de manos, la arrogante cabeza del mismo, la elegancia del jinete, con la banda que simula calado encaje, da a este bronce una ligereza que constituye su mejor encanto»

Ese caballo... Yo empleo
Esta expresión, algo tonta;
Pero en mi conciencia creo
Que decir CABALLO es feo,
y no decir quien lo monta.
Felipe Cuarto es el tal;
Pero el uso general,
Que tiene fuerza de ley,
Hace que olvidando al Rey,
Se nombre al irracional.

Volvemos, como no podía ser menos, a ese genio literario madrileño que era don Ramón Gómez de la Serna, para sacar todo lo que un escritor de su categoría pudo decir al hablar de esta escultura, en su *Elucidario de Madrid*, de 1931:



Filigrana en las bridas del caballo

Las gracias que envuelven el brío central de la estatua ecuestre de Felipe IV: «los calados encajes de la banda del Rey que no destriza el viento de los siglos, hilados con el cincel y el fuego; las finas labores de los estribos, frenos y silla; hasta las venas del caballo, hinchadas por una presión arterial formidable, y hasta la larga cola del caballo, de esas largas colas como cabelleras que son el orgullo de los caballos españoles.

Terminamos por fin este rápido recorrido por la mal llamada Plaza de Oriente, la plaza más señalada del Occidente madrileño; que sin ser tan antigua como otras, sería es el gran antejardín de ese maravilloso Palacio Real de Madrid, que no sería tal, sin tener en su centro a la mejor estatua de España y una de las mejores del mundo en la que el rey Felipe IV sigue cabalgando en las nubes, inmortalizando el nombre de su autor, que modestamente figura en la cincha del caballo.